



Manuel José Quintana

Las reglas del drama. Ensayo didáctico.

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Manuel José Quintana

Las reglas del drama. Ensayo didáctico.

Advertencia.

El siguiente opúsculo se escribió treinta años ha para el concurso abierto a los poetas por la Academia Española en 1791. A ninguna de las obras presentadas se adjudicó entonces el premio; y en verdad que si todas eran como ésta, ninguna le merecía. Olvidada después, y aún perdida por largo tiempo, ha venido casualmente a manos del autor uno de sus antiguos borradores, cuando se estaba acabando la edición de estas Poesías. Su imperfección es tal, que no puede darse a luz sino como mera tentativa de un principiante, el cual no había cumplido a la sazón veinte años de su edad, y por lo mismo carecía de las fuerzas y doctrina necesarias para una empresa tan ardua. Se ha creído conveniente, sin embargo, añadirle aquí por apéndice, para evitar que alguno se tome en adelante la libertad de imprimirla con todo su desaliño y sus descuidos, habiéndose procurado ahora limpiarla algún tanto de ellos, para hacerla menos indigna del público.

Parte primera.

Preceptos generales.

Aquel noble artificio y dulce encanto
Con que el drama en la escena se atavía
Voy en verso a mostrar, si puedo tanto.
Sabia naturaleza, que allá un día
De este don de imitar fuiste inventora,
Sé mi maestra, y mis acentos guía:
Tú que del Tajo aurífero a la aurora
Ya en danzas le presentas, ya en escenas,
Donde se alegra el hombre y donde llora,

A pesar de sus míseras cadenas,
Del español a vista el peruano
Renueva y pinta sus antiguas penas;
Y al ver el espectáculo inhumano
En que el inca infeliz gimiendo espira,
Grita y maldice a su opresor tirano.
Si baila el iroqués, ¿a quién no admira
La fuerza sin igual del movimiento
Que horror, fiereza y mortandad respira?
Crece por puntos su furor violento;
A quien le atiende a estremecerse obliga;
Las voces parten, y resuena el viento.
Hay pues un arte de imitar, que amiga
Dicta naturaleza en donde quiera
Para alivio del hombre en su fatiga.
Arte, cual las demás, pobre y grosera,
Cuando de instinto aún rudo era guiada
En el principio de su gran carrera.
Creció después, y por el genio alzada,
Fue a la cumbre del Pindo, en que se asienta
De majestad y gloria coronada.
Tú, que con frente de laurel sedienta
Ansias allá subir, ¿has por ventura
Visto si el genio tu ambición alienta?
Si en ti no sientes de su llama pura
El generoso ardor, al arte en vano
Tu mente estéril recurrir procura.
Podrá sin duda señalar la mano
Del sabio Estagirita aquel camino
Que evite yerros al talento humano.
Mas sus áridas reglas el divino
Esto jamás vivificar supieron
Que preside al poético destino.
Así las obras de Alcídón cayeron,
A despecho del lánguido artificio
Y el helado compás con que se hicieron.
En vano en un solemne sacrificio
Rogó al délfico dios que le prestase
Su dulce fuego y su favor propicio.
Por más que ofrendas mil le presentase,
Del dios ingrato en galardón recibe
Que cualquier que le oyera bostezase.
Aprenda a escribir bien, puesto que escribe;
Y solicito indague los primores
Que el gusto, unido a la razón, prescribe.
Mas no hasta el estilo: de colores
Se viste el iris y también la rosa,

Él en las nubes y ella entre las flores;
Y apenas llega en ilusión graciosa
Los ojos a halagar, cuando perdida
Se ve entre sombras su apariencia hermosa.

Tal de nervio y saber destituida,
A pesar de su halago va cayendo
Toda liviana fábula, y se olvida.

Antes que escribas, piensa; y disponiendo
Desnudo el argumento allá en tu mente,
La pluma irá adornándole y vistiendo.

Que en el germen se encierra estrechamente
El árbol antes que crecer se vea,
Y ornar de frutos su pomposa frente.

Una acción sola presentada sea
En solo un sitio fijo y señalado,
En sólo un giro de la luz febea.

En ningún episodio extraviado
Escena suelta o de interés vacía
Su curso ha de pasarse acelerado.

Que atenta a complacer el ansia mía
La dramática acción, siempre animarse
Quiere y crecer, y por su fin porfía.

Con igual rapidez suele mirarse
De una piedra al caer el movimiento,
Y siempre más y más acrecentarse.

Do nazca el interés, su nacimiento
Ha de tener la fábula; exponerla
Con arte y brevedad debes atento.

Después adelantándose, envolverla
Puede el choque de afectos e intereses,
Y los mismos también desenvolverla.

Si trazar temerario pretendieses
Un enlace difícil, y cansarte
Y agotar tu cerebro en él quisieses,
¿Quién de aquel laberinto ha de sacarte?
¿Un pariente que allí de Indias viniera?
Un billete arrojado en cualquier parte?

¿Un dios que baja de su augusta esfera,
Y con su omnipotencia rompe el nudo
Que el autor deslazar por sí debiera?

Si su ingenio es tan pobre, yo no dudo
Que, descontentos patio y galerías,
De aplauso al fin le dejarán desnudo.

El capricho, el temor, las fantasías
Del sexo delicado a cada instante
Llevan su genio por diversas vías.

Así ligero, fácil, inconstante,

Cede al impulso, cual el junco cede
Al aliento del céfiro sonante.

Nunca elevarse como el hombre puede
Ni a la gloria aspirar; mas en finura
De ver y de sentir siempre le excede.

La sencilla inocencia y la dulzura
Órnale a veces, otras la mentira
Le acompaña y la pérfida impostura.

Aquí amarás la candidez de Alcira
Allá la falsedad de Celimena
Desprecio a un tiempo y compasión te inspira.

Mas cuando la pasión le desenfrena,
Audaz entonces y violento grita,
Rompe los diques, de furor se llena.

Entonces al horror se precipita,
Y esposo y prole con terrible muerte
La maga fiera castigar medita.

Diversos fines y diversa suerte
Natura al hombre dio: más energía,
Mayor constancia y ánimo más fuerte.

Su robustez, empero, en grosería
Verás volverse en unos, rodeada
De altivez y de orgullo y de osadía.

En tanto que en su pecho otros morada
Prestan a los más bellos movimientos
De la franqueza y rectitud sagrada.

Las pasiones en él, los sentimientos
Del todo se descubren, no oprimidos,
Cual son en la mujer, ni tan violentos.

Que menos fieros cuando están tendidos
En su llanura inmensa son los mares,
Que bramando y luchando comprimidos.

De aquí mil diferencias singulares
Podrás de un sexo y otro hallar, si atento
Con vista penetrante las buscares.

A la manera que del raudo viento
Las aves hienden las regiones frías,
Cada cual con su rumbo y movimiento;

Así los hombres por diversas vías
Cruzan el ancho mundo, y diferentes
En genio son, costumbres y manías.

A nadie sin carácter me presentes:
Defecto tan mortífero en la escena,
Como vicio insufrible entre las gentes.

La misma ley sin excepción ordena
Que el que una vez le diste ese le guarde,
O a silbo y menosprecio te condena.

Pinta al mancebo que en amores arde
Siempre brioso; débil al anciano,
De experiencia y consejo haciendo alarde.

Arrastrado, engañoso al cortesano,
Abatido al plebeyo, al juez severo
Sea suspicaz y pérfido el tirano.

El pueblo con aplauso lisonjero
Interrumpe mil veces impaciente
A aquél cuyo pincel es verdadero,

Y que con fácil diálogo elocuente
Anima vivamente a sus actores,
Según la situación que le presente.

¡Oh vosotros, sensibles escritores,
Que por la gloria ardéis, si venerados
Ser queréis de los siglos posteriores,

Si en cualquiera región idolatrados,
Tened en el gran libro de natura
El estudio y afán siempre ocupados;

Que eterna duración no se asegura
Quien de bellezas sólo y de pasiones
Y gustos de un país su fondo apura.

El tiempo, que anonada las naciones
En el mismo sepulcro, al fin derriba
Sus efímeros usos y opiniones;

Mas no la ley que permanente y viva
Manda y anima al corazón humano,
Y en el orden del mundo eterna estriba.

Lloramos aún de Antígona el temprano
Y horrendo fin, y aún hiere nuestra mente
La triste Electra en brazos de su hermano

No debe, empero, el escritor prudente
Oponerse con ciego atrevimiento
Del pueblo al gusto y de la edad presente.

Como sabio pintor, el ornamento
Ceda al gusto local, mas las figuras
Tomen del natural su movimiento.

A fuer de caprichosas hermosuras,
Que desdeñan tal vez un tierno amante,
Y se agradan de un fatuo en las locuras:

Así yo he visto al público inconstante,
A la divina Fedra despreciando,
Aplaudir un bufón vil e ignorante.

Pero tú, sus caprichos no cuidando,
Harás que siempre en tu labor unidos
El genio y la razón vayan guiando.

Tus escritos entonces esclarecidos
Se grabarán del mundo en la memoria,

Consolando los pechos afligidos.

De la envidia y la crítica, victoria
Alcanzarán, y de esplendor vestida,
En torno de ellos volará la gloria.

¡Cuán lejos de ella están, cuán abatida
La suerte es de los míseros que escriben
Por dar sustento a su arrastrada vida!

Las nueve diosas que en el Pindo viven
De su codicia sórdida se ofenden,
Y la entrada a su templo les prohíben.

Ellos en tanto a la ganancia atienden,
Y absurdo sobre absurdo amontonados
Contempla la razón en cuanto emprenden.

Naturaleza y arte abandonados,
Los gustos del vulgacho extravagante
Son allí solamente regalados;

La decencia olvidada... Tú, brillante
Deidad de la ultrajada poesía,
Este agravio fatal venga al instante.

Castiga la famélica osadía
De la caterva estúpida y grosera
Que nubla el lustre de la patria mía

Dejad, oh miserables, la carrera,
Dejadla a los espíritus sublimes,
A quienes solamente es lisonjera.

Espíritus celestes, que tú animes,
Sagrado Febo, y do la llama pura
Del genio ardiente y creador imprimes
Para gloria del mundo y su ventura.

Parte segunda.

Tragedia.

Bien fue sin duda venturoso y digno

De renombre inmortal el hombre osado
Que al ver la fiesta celebrar del vino,

Del carro a la vendimia consagrado
Supo alzar a Melpómene sangrienta
Su terrible y magnífico tablado.

¡Evoe! clamaba ronca y turbulenta
La viñadora gente: ¡Evoe! sonaba

El eco en torno que el aplauso aumenta.

Mofaba ora mordaz, y ora cantaba,
Y la faz insolente y atrevida
Con heces y con pámpanos velaba.

Ora de alguna acción esclarecida
La gloria discantaba en noble acento,
Siempre con gusto y suspensión oída.

Y en medio del bullicio y del contento
Que el agreste espectáculo esparcía
Por todo el campo, a su impresión atento,

Dando vuelo a su inmensa fantasía,
Y aspirando a más gloria, Esquilo dice:
«Ceda esa estéril rústica alegría

»A impresión más augusta: el infelice,
Gemido de dolor el alma hiera,
Y el destino cruel la aterrorice.

»Tome vida y acción lo que antes era
Simple contar; el diálogo lo anime,
Y que actor con actor hable y confiera.

»Sea su lenguaje espléndido, sublime,
Cual lo es su dignidad y sus pasiones,
Cual lo es la acción que en su ademán exprime.

»Y den fuerza y valor a sus razones
Grande local, majestuoso arreo,
Máscara que ennoblezca sus facciones.»

Dijo; y muestra clavado a Prometeo
En la cima del Caúcaso eminente,
A las iras de Jove alto trofeo.

Alza el puñal la esposa delincuente,
Y ante sus mismos lares confundidos
Cae y agoniza Agamenón valiente.

Y de orgullo y piedad a un tiempo heridos,
Los griegos ven confuso y derrotado
Al déspota del Asia dar gemidos.

Y siempre al fiero contrastar del hado
Desplomada mostrar la gran columna
Do el humano poder se ve asentado.

Tal la tragedia apareció en su cuna,
Grande, terrible; escuela y escarmiento
A la adversa y la próspera fortuna.

Aquel pues que levanta el pensamiento
Y la áurea palma conseguir desea
Que promete este campo a su talento,

No entienda, incauto, que a expresar la idea
Del modelo moral que anda buscando
La condición común bastante sea.

¿Por ventura el arroyo que, vagando

Entre flores y guijas mansamente,
Aduerme el valle en su murmurio blando,

Podrá expresar al rápido torrente
Cuando, precipitándose y cayendo,
Los árboles arranca ferozmente,

Las rocas arrebatada, y con su estruendo
Atronando las selvas, espantadas
Se ven fieras y ninfas ir huyendo?

Siempre formas en grande modeladas,
Peligros siempre en la borrasca fiera
De Pasiones violentas y encontradas,

Siempre terror. Cuando la vez primera
Melpómene a los genios se mostraba
Delicias dulces de la Grecia entera,

En su ademán augusto respiraba
El vivo afán, el sentimiento crudo
Que su agitado corazón llenaba.

Sobre su pecho cándido desnudo
Ondeaba el dolor; su mano hermosa
Armada estaba de puñal agudo.

La cólera terrible, impetuosa,
La ambición, la venganza ensangrentada,
En pos marchaban de la triste diosa.

Y ella entre tanto sin cesar guiada
De un inflexible aterrador destino,
Que en ordenar catástrofes se agrada;

Menos fiera después, otro camino
La moderna Melpómene escogiendo,
Más que aterrar, a enternecer se avino

Y despojada del severo atuendo
Que en la escena ateniense la seguía,
De sólo amor se la escuchó gimiendo.

Más dulce voz, más plácida armonía
Adquirió así tal vez; más degradarse
Se vio el coturno con vergüenza un día.

Fuerte, desesperada ha de pintarse
La pasión del amor, dominadora,
Que no pueda esconderse ni enfrenarse:

Es la llama de Venus vengadora,
Que en alas de un frenético deseo
Inhumana su víctima devora.

Tal con piedad y con espanto veo
Hecha presa de bárbaros dolores
A la infeliz esposa de Teseo.

Ella sabe y conoce sus furiosos,
Y teme que aún las bóvedas y muros
Han de ser de su culpa acusadores.

Triste desecho de los seres puros,
Huye del sol que avergonzarla debe,
Y a los recintos se recoge oscuros.

Se alimenta de hiel, lágrimas bebe,
Y la muerte espantosa que la espera
Es el dios sólo que a implorar se atreve.

Dolor, siempre dolor, y cuando muera
Ni un momento el más corto de bonanza
Habrá gustado la infeliz siquiera.

Perdida, en fin, paciencia y esperanza,
A nada atiende, en su aflicción sumida,
Y de sí contra sí toma venganza.

Rinde a su ciego frenesí la vida,
Amor ostenta su terrible mando.
Y el alma lo contempla estremecida.

Hubo en tanto un mortal que, abandonando
De piedad y terror la usada vía,
Con nuevo lauro su cabeza ornando,

Otra supo elegirse. Todavía
Una mente mayor le diera el cielo
Que a aquellos héroes que pintar debía.

Y él, elevando el generoso vuelo
A la región etérea, allí domina
Y de allí instruye al admirado suelo.

En Roma Augusto perdonando a Cina,
De su rival el defensor severo,
Y la sensible y celestial Paulina;

De Leontina el arrojo noble y fiero,
Y el gran Pompeyo en su fatal caída,
Haciendo estremecerse el mundo entero,

Arrebatan mi mente, complacida
Al ver la fuerza de la sabia mano,
Y a la naturaleza ennoblecida.

¡Salve mil y mil veces, soberano
Genio inmortal que digno debería
Ornar el espectáculo romano,

Cuando la libertad engrandecía
De los hijos de Marte el fuerte seno,
Y el orbe al Capitolio obedecía!

Mas no por tanto de alabanza ajeno
Es del vicio el pintor, si lo expusiere
De horror funesto y de vergüenza lleno.

Igual provecho a mi razón adquiere
El feroz Catilina, que bramando
Odia a su patria y destrozarla quiere,

Que el generoso Régulo, espirando
Al rigor de la púnica fiereza,

A Roma y al honor su fe guardando.

La sencillez hermana a la riqueza
El genio cuando imita, y hermosura
Añade a tu beldad, naturaleza.

Mas otra tosca imitación impura
Amontona y recarga los colores
Como para dar fuerza a la pintura.

En el potro presenta los dolores,
Empapa con la sangre a la venganza;
Y no saciada en lástimas y horrores,

A los sepulcros lóbregos se lanza,
Y se complace al ver estremecerme
Del placer inhumano que me alcanza.

¿Por qué a la vista, bárbaro, ponerme
Acciones tan horribles? ¿Es tu intento
El pecho desgarrarme, o conmoverme?

¿Por qué Fayel frenético, violento,
Presentar a la mísera Gabriela
Del triste amante el corazón sangriento?

El trágico escritor que dar anhela
Fuerza y verdad a su pincel lozano
La historia estudie en incesante vela.

Otro color requiere el africano
En sus costumbres bárbaras dobladas,
Que el pulido francés y el fuerte hispano.

Y pide diferentes pinceladas
La ligereza de la edad presente
Que la fuerza y candor de las pasadas

Presentó en nuestra escena un imprudente
Al héroe de Suecia enamorado,
De la historia a pesar que le desmiente

Burlóse el mundo de él. Tú, escarmentado,
Siempre darás al héroe conocido
El genio que la fama le haya dado.

Hipólito, en el campo endurecido,
Aborrezca, deteste a las mujeres,
Por razón, por capricho, o por olvido.

Si al vencedor del Asia me expusieres,
Magnánimo, colérico, ambicioso,
Juguete de la gloria y los placeres.

Platón firme, sublime, virtuoso.
Cual fuerte escollo a turbulentos mares,
Resista a los tiranos valeroso.

Si nuevos personajes inventares,
Que dignos todos del coturno sean;
Y aunque excedan los límites vulgares,
Nunca es bien que fantásticos se vean,

Ni que en sus gigantescas expresiones
Absurdamente deslumbrarme crean.

Tienen, sí, su lenguaje las pasiones:
Siempre van arrojándose con ruido,
Del furor inflamadas las razones;

Pero el triste dolor es abatido;
Y Edipo, cuando rey soberbio y fiero,
Derrocado gimió, lloró caldo.

Muéstreme sentimiento verdadero
Quien mover quiera el sentimiento mío:
Para hacerme llorar llore primero;

Porque o bien me adormezco, o bien me río,
Reina infeliz de Trova, al contemplarte
Ante tu desolado poderío,

En vez de suspirar y lamentarte,
Los pueblos describir pomposamente
Que enemigos vinieron a arruinar te.

Cuide, por fin, el escritor que intente
Llegar del arte a la eminente cima
Y su aplauso extender de gente en gente,

Que el trágico puñal con que lastima
El pecho del oyente estremecido
Verdades grandes y útiles imprima.

Pues es seguramente afán perdido
Afán que sólo en deleitar se emplea
Y el fruto del saber pone en olvido.

Tú a más noble ambición alza la idea,
Y de pueblos y príncipes a una
Lección insigne la tragedia sea.

Ella les muestre sin reserva alguna
El miserable término a que llegan
Los hijos del poder y la fortuna,

Cuando su mente a la prudencia niegan,
Y al horrendo huracán de las pasiones
O Husos o frenéticos se entregan.

Deliran ellos, sufren las naciones,
Se ofende el cielo, y su terrible ira
En crímenes estalla, en aflicciones,
Que el pueblo espectador temblando admira

Comedia.

Tú siempre amable, celestial maestra
De la vida y costumbres, oh Talía,
Ven, y a mi vista tus halagos muestra,
Y que enseñando la difícil vía
En que tú esparces tus preciosas flores,
Tenga dichoso fin la empresa mía.
Tú, enemiga de lástimas y horrores,
Con burla aguda y con festiva frente
Das a entender al mundo sus errores.
Tú, aunque el vicioso dispararse intente
Sorprendes la mirada, el movimiento
Que su intención oculta hace patente.
Tú acecha, en su arcón al avariento,
Y en la faz del hipócrita embaidora
Descubres la perfidia en un momento.
Tú, en fin, pintas al hombre. Él atesora
En sí tantos motivos de mudanza,
Que nunca fue después lo que es ahora.
Si en nada pues el alma se afianza,
¿Do está, dime, aquel punto inalterable
En que se fija el fiel de su balanza?
¿Será por las costumbres explicable?
Será por los principios? La fortuna
En los suyos a Alcino hizo mutable.
¿Serán las opiniones? Mas ninguna
Dejará de afectar el vil Dorante
Cuando a su torpe fin es oportuna.
Explora la pasión más dominante,
El loco en ella sola es consiguiente,
Y por ella se fija el inconstante;
Y ella sola encontrada, fácilmente
El cuadro resplandece iluminado,
Y Alipio se descubre enteramente.
Sabio aquí, loco allá, siempre vezado
A engañar y a mentir, ¿cómo podría
Ser el pérfido Alipio retratado?
La vanidad, el interés le guía;
Así dicterios lanza y acumula
Aún contra aquellos que elogiar debía.
Fíngese tierno, y altivez simula
¿El menor interés le es ofrecido?
Vende o un amigo, y al poder adula.
Por su sal y donaires acogido,
De mil buscado con ardor comienza,
De mil acaba siempre aborrecido.

¡Oh, si es dable en tal ánimo vergüenza,
Bien haya aquel que se la inspire cuando
Tan profunda doblez imite y venza!

Estúdiase la corte, y comerciando
Veráse allí la adulación grosera
Con el humo enfadoso que está echando.

Y también la arrogancia que, altanera,
Aquel humo en sustancia convirtiendo,
Lo paga neciamente, y más espera.

Ve por plazas y fondas discurrendo,
Y mil necias locuras y manías
Irás de todas partes recogiendo.

Mil necedades de que tú te rías,
Que puestas y adornadas en la escena,
Las de otros mil enmienden y las mías.

Molière así para admirar al Sena,
Antes de la moral filosofía,
El alma tuvo en los tesoros llena.

Después ceñido el zueco de Talía,
Su nación y los hombres estudiaba,
Y provincias y pueblos discurría.

Así marqueses fatuos azotaba,
Y la ignorancia y frases fastidiosas
De charlatanes médicos burlaba.

Así de las pedantas, aunque hermosas
El falso gusto y el saber mezquino
Desterró con sus sales poderosas.

Así al vil impostor del rostro indigno
La máscara arrancaba... ¿A tus pinceles
Quién igualó jamás, pintor divino?

¡Oh cuánto precipicio estos laureles
Por todas partes cerca, y cuán forzoso
Es, oh poeta, que en tu riesgo veles!

Del sueño y de la noche el vergonzoso
Hijo también se burla de las gentes,
Y persigue sus faltas malicioso;

Pero con carcajadas insolentes,
Con torpes gestos mil desvergonzados,
Con dicterios insulsos o indecentes.

Mil autores le siguen desalados
A los templos de Baco, do se arrear,
Y de inmundicia y hiel salen cargados.

Después todo lo manchan y estropean,
Y con sus truhanescas expresiones
Las gracias todas de la escena afean.

De ella escapad, frenéticos bufones;
Copias infames componed, y dignas

De vuestros corrompidos corazones.

Romances que, aturdiendo las esquinas
En boca de algún ciego que los cante,
Del Avapiés diviertan las vecinas.

Dichoso aquél que con su sal picante
Sazonando el estilo, en la soltura
Es a la mariposa semejante;

El que con mano fácil y segura,
Como quien en su intento va burlando,
Da chiste y semejanza a su pintura;

El que, genios con genios contrastando,
De belleza en belleza siempre gira,
Situaciones felices encontrando.

Tartuf se escandaliza y se retira
Al ver de una sirvienta libre el seno,
Y en el nombre de Dios busca el de Elmira.

Mira a Harpagón que, de codicia lleno,
Va a prestar su dinero a enorme usura,
Haciendo logro con el vicio ajeno;

Y escúchale en su cómica aventura
Herir con maldiciones repetidas
Del hijo que allí encuentra la locura.

Aquí el amor sus flechas encendidas
Anda a los corazones disparando,
Mas de ponzoña y hiel nunca teñidas.

No es aquel fiero dios que desgarrando
Se presenta en Melpómene inclemente,
Más festivo y artero, activo y blando.

Si se ve complacido, alegremente
Bate las alas; un mirar le irrita,
Y otro mirar le aplaca fácilmente.

Sus artes todas, inventivo, excita,
Cuando padres avaros o severos
Combaten con el ansia que le agita.

¡Oh delirios, delirios lisonjeros,
Qué tiernos movimientos excitarse
Siento en mi mente, y qué placer al veros!

Mas a exacta verdad siempre ajustarse
Debe el amor, cual las demás pasiones,
Sin excederse nunca ni abultarse.

Que si delante de mis ojos pones
Vestida cual Melpómene a Talía,
Y de tristeza y llanto la compones,

¿Cómo quieres que al verla no me ría,
Perdido el chiste y la genial soltura,
Lúgubre y fiera, o fastidiosa y fría?

A veces, es verdad, su ingenio apura

En la vida ordinaria, y se divierte
Llena de gravedad y compostura.

Tal en el bello templo se la advierte
Que tú, culto Terencio, la elevaste,
Digno de eterna y venturosa suerte.

No hay a tal perfección gloria que baste
Tú un gran talento, de imitar seguro,
Con la decencia y la elegancia ornaste.

El remanso más plácido y más puro
De clara fuente en el ameno prado,
Jamás tocada de animal impuro,

Donde se ve fielmente retratado
Cuanto hay en torno de él: así es tu estilo
Gracioso siempre, y siempre delicado.

Fuera buscar su nacimiento al Nilo
Buscar en donde la comedia hispana
Tuvo naciendo su primer asilo.

Vagando aquí y allá, su edad temprana
Pasaba festejando los altares,
Que con sus rudas fábulas profana

O bien con despropósitos vulgares
En pobre estilo ocupación grosera
Daba en pública plaza a sus juglares.

Y todo su artificio entonces era
Remedar con donaire y desenfado
Ya un simple, ya un rufián, ya una ramera.

Pudo con más estudio y más cuidado
Buscar la sencillez griega y latina,
Y en ella alzarse a superior traslado.

Más esquivó, cual sujeción mezquina,
La antigua imitación, y adulta y fuerte
Por nueva senda en libertad camina.

Desdeña el arte, y su anhelar convierte
A darse vida y darse movimiento
Que a cada instante la atención despierte.

Igualeó con su audacia su talento;
Y el vuelo de su ardiente fantasía
Llevaba enajenado el pensamiento.

De sus versos la plácida armonía,
Su rica acción, su diálogo animado,
En que el ingenio nacional lucía,

Eran el manantial del dulce agrado
Con que a un pueblo impaciente arrebatava,
Más de valor que de saber dotado.

En vano austera la razón clamaba
Contra aquel turbulento desvarío
Que arte, decoro y propiedad bollaba.

A fuer de inmenso y caudaloso río,
Que ni diques ni márgenes consiente,
Y en los campos se tiende a su albedrío,

Tal de consejo y reglas impaciente,
Audaz inunda la española escena
El ingenio de Lope omnipotente;
Y con su dulce inagotable vena,
Con su varia invención, con su ternura,
De asombro y gusto a sus oyentes llena.

Más enérgico y grave, a más altura
Se eleva Calderón, y el cetro adquiere
Que aún en sus manos vigorosas dura.

Dichoso si a la fuerza con que hiera,
Si al fuego, si a la noble bizarría,
En que hacerle olvidar ninguno espere,

Uniera su valiente poesía
La variedad de formas y semblante
Que a cada actor diferenciar debía.

Nadie pudo emular su luz brillante
Entre tanto rival; Moreto sólo
Osó tal vez ponérsele delante,

Cuando, inspirado por el mismo Apolo,
Pintó el desdén de la sin par Diana,
Haciéndola admirar de polo a polo.

Tales de la comedia castellana
Los astros fueron ya; y en su destino
Enseñan claro a la razón humana,

Que si asiste al poeta el don divino
De interesar y de animar la escena,
Siempre se abre al aplauso ancho camino
Y el ceño de la crítica serena.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo